ANTONIO ESTREMERA

El hogar alegre

PASILLO CÓMICO

en un acto y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919


EL HOGAR ALEGRE

EL HOGAR ALEGRE

PASILLO CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO ESTREMERA

Estrenado en el TEATRO PRÍNCIPE ALFONSO el día
4 de marzo de 1909

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, M 551
1919

A Luis Grotta y Palacios

como débil muestra del afecto entrañable que le profesa su amigo de siempre,

Antonio.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
ENCARNACIÓN	SRA.	CAMPS.
FILOMENA	SRTA.	CALVO.
DON ATAULFO	SR.	GUIRAU.
DON AMABLE		BARBERO.
EDUARDO		LLOPIS.
CASIMIRÍN		TEJERO.
WILLIAM		CUESTA.

La acción en nuestros días

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

La escena representa un comedor modestamente amueblado. En uno de los lados habrá un aparador. Dos puertas laterales a cada lado y otra de entrada al fondo.

ESCENA PRIMERA

ENCARNACION haciendo caricias y besando a un niño de pecho que tiene en los brazos. EDUARDO que sale de la segunda izquierda llevando en la mano un grotesco monigote de cartón que mueve la cabeza

ENC. (Al niño.) ¡Pimpollo!... ¡Bonito!... ¡Rey del mundo!...

EDU. (Al niño y enseñándole el muñeco.) Mira, rico, lo que te trae tu papá. ¿Te gusta?

ENC. (Entusiasmada mirando al niño.) ¡Se ríe!

EDU. (Idem.) ¡Qué mono!

ENC. (Por el muñeco) ¡Qué bien hecho está!

EDU. ¿Verdad que sí? Yo creo que estos tíos del gabán se pueden vender por la calle a real cada uno.

ENC. ¡A real!... ¡Quiá! Lo menos a peseta.

EDU. Calla, mujer; tú no tienes idea de lo que son estas cosas. Vendiéndolos a peseta no podrían tener tíos del gabán más que los hijos del duque de los Abruzzos.

ENC. Quien los quiera que los pague, que tu trabajo te cuestan.

EDU. ¡Trabajo! Ninguno. En la hora que me queda desde que salgo del Ministerio hasta que entro en la Sociedad de Seguros, me hago yo treinta lo menos, que vendidos a real y descontando la comisión del vendedor, me dejan un durito mondo y lirondo.

ENC. Todo lo lirondo que tú quieras; pero vamos a ver, ¿cuándo vas a descansar? Esa vida que llevas es imposible, ¡porque hay que ver los cargos que desempeñas!... De nueve a once, empleado de Hacienda; de dos a tres, constructor de tíos del gabán; de tres a cinco, oficinista en la Mutual, y de cinco a siete tenedor de libros en la tienda de ultramarinos.

EDU. Pues aún he de intentar desempeñar de siete a ocho ese mismo cargo en el almacén de sedas de don Antolín.

ENC. ¡De siete a ocho!... ¡Qué hora más intempestiva!

EDU. Es que don Antolín quiere tener el tenedor en su casa antes de cenar.

ENC. Pues yo no puedo consentir que contraigas ninguna obligación más, porque te estás matando a trabajar.

EDU. No me mato, mujer. Además algo hay que hacer para sacar adelante a la familia. ¿No tienes tú también que sufrir a los huéspedes?

ENC. Es verdad.

EDU. Pero no hay que apurarse, porque es en bien de estos muñecos, que todo se lo merecen.

ENC. ¡Ya lo creo! (Transición.) ¡Ah! Ya no me acordaba... ¿A que no sabes lo que ha aprendido Serafinito?

EDU. ¿Qué?

ENC. Verás. (Al niño.) Oye, rico, dale una bofetada a papá.

EDU. (Con alegría.) Anda, monín.

ENC. ¿No quieres?... Pues tírale de las narices.

EDU. (Admirado.) ¿Pero sabe?

ENC. ¡Ya lo creo! Si este chico cada día aprende una monada. (Animando al niño.) Anda, chiquitín.

(El niño obedece.)

EDU. (Con dolor y llevándose la mano a la nariz.) ¡Ay!

ENC. (Orgullosa, llena de alegría y zarandeando al chico.) ¡Rico! ¡Mono! ¡Rebonito! ¡Lucero! ¡Otra vez, tírale otra vez!

EDU. (Llevándose otra vez la mano a la nariz y separándose del chico.) Déjale, pobrecillo, que no se moleste.

ENC. Como este niño no hay otro en el mundo.

EDU. (Con orgullo.) No digas, mujer, porque sus hermanos ¡son flojos!

ENC. ¡Ay, sí!... (Con entusiasmo.) Mira que Enriquito...

EDU. (Idem.) ¡Y Periquito!

ENC. ¡Y Ricardito!

EDU: ¡Y Teresita!

ENC. ¡Y Ramoncito! (Ambos dirán estas palabras muy rápidamente, casi atropellándose.)

ESCENA II

DICHOS y FILOMENA que sale de la primera derecha llevando un servicio de chocolate

FIL. Señora, dice don Ataulfo que el chocolate está cada día peor.

ENC. ¿Pero cómo le gustará el chocolate a ese hombre?

FIL. Dice que es de a peseta con regalo.

ENC. Pues no; por catorce reales que paga querrá que se lo traigan del Ideal Room.

EDU. Ten paciencia, mujer.

ENC. Falta me hace, porque te aseguro que los tales huéspedes son inaguantables.

EDU. Tienes razón.

ENC. Dios quiera que ese que va a venir recomendado por tu compañero de oficina sea de mejor conformar.

EDU. Seguramente. Según me ha dicho Regúlez se trata de un señor serio que busca la tranquilidad.

ENC. ¿Y vendrá hoy mismo?

EDU. Así lo espero.

FIL. Ya lo tiene todo preparado.

EDU. Ah, ya no me acordaba. (A Filomena.) ¿Avisó usté al médico?

FIL. Sí, señor.

ENC. Mira que es manía hacerle venir, cuando lo que tengo no es nada de particular.

EDU. Eso lo dirá él. ¿Y los niños?

ENC. Han ido, como todos los domingos, a comer a casa de su abuelo.

EDU. ¿Por qué lloraban esta mañana?

FIL. Porque se les ha perdido un coronel de caballería.

EDU. ¡Qué gracia!

ENC. Me alegro, porque tenía el sable muy afilado y no hacían más que pincharse.

FIL. ¡Cualquiera sabe en dónde estará! Hasta en las camas recién hechas se ponen a jugar á la guerra.

EDU. (Entusiasmado.) ¡Hijos míos!

FIL. Lo que es desde que usted les regaló esa caja de soldados, hasta en la sopa se encuentra una los húsares de Pavía.

EDU. Bueno; me voy a acabar unos tíos del gabán que tengo a medio hacer, y luego me arreglaré para ir a hablar con don Antolín. (Vase por la segunda izquierda.)

ENC. (A Filomena.) Y usted tenga cuidado de que no se agarren las patatas, para que luego no tengamos bronca.

FIL. Bueno. (Vase por el foro.)

ESCENA III

ENCARNACION y DON ATAULFO, que sale de la primera derecha con cara de pocos amigos

ATAUL. (Muy secamente.) Buenos días.

ENC. Felices.

ATAUL. Buenos, puede ser; pero felices en su casa de usted, imposible.

ENC. Muchas gracias.

ATAUL. (Con gravedad.) Señora: han llegado las cosas a un extremo en que hay que tomar una de estas tres soluciones: O mete usted a sus hijos en un colegio, o me mudo, o me pego un tiro. ¿Qué le parece a usted mejor?

ENC. La última solución, porque ni yo me separo de mis hijos, ni usted se va de esta casa por más que diga.

ATAUL. Tiene usted razón. Soy demasiado condescendiente.

ENC. No, señor; lo que sucede es que a usted le consta que por catorce reales no le van a tratar a usted en ninguna parte como aquí.

ATAUL. Reconozco que se come bien; pero por lo demás, no podrá usted dudar que yo soy el puerco ceniciento de la familia.

ENC. ¿Por qué?

ATAUL. Porque todas las molestias que ocasionan sus hijos las sufro yo.

ENC. Usted se queja porque los angelitos juegan y chillan. Me parece que a su edad haría usted lo propio.

ATAUL. Yo he sido toda mi vida muy serio. Además, no sólo los chicos me atormentan, sino que usted pone de su parte lo que puede para amargarme la existencia.

ENC. ¿Yo?

ATAUL. Sí, señora; usted, que me despierta todas las mañanas cantando aquello de (Cantando.)

Quisiera ser tan alto
como la luna,
¡ay! ¡ay!
como la luna.

ENC. Hombre, eso es para dormir a Serafinito.

ATAUL. Y para despertarme a mí. La dichosa canción es un sonsonete que me saca de mis casillas.

ENC. Pues tráigame usted a la Orquesta Sinfónica para que me duerma al niño y no le molestaré más.

ATAUL. Usted se burlará; pero crea que es horroroso eso de levantarse uno con la luna y acostarse con los soldados de Cataluña.

ENC. ¡Vaya por Dios, hombre!

ATAUL. Y lo peor es que cuando usted está cantando esa dichosa tabarra no puede hablar nadie una palabra.

ENC. Porque se despierta el niño.

ATAUL. Y si es cosa urgente, hay que decírsela a usted cantada con la misma música, aunque sea la cosa más triste de este mundo.

ENC. Lo cual es una molestia insignificante.

ATAUL. Pero créame que yo no puedo más... ¡Algunas veces se me sube la sangre a la cabeza y!...

ENC. El que le oyera a usted hablar así, de fijo que le creería capaz de comerse los niños crudos.

ATAUL. (Con pesar.) ¡Ah! Si lo fuera ya se había usted quedado sin prole y yo sin molestias.

ENC. Lo creo, porque usted odia a los niños.

ATAUL. Odiarlos, no; pero desde que estoy en esta casa soy un exaltado admirador de Herodes.

ENC. En la vida le he visto a usted acariciar a un

hijo mío. En este pobrecito ni siquiera ha reparado usted aún.

ATAUL. ¡Ya lo creo que he reparado!

ENC. ¿Sí?... (Con entusiasmo.) Pues ¿a que no ha visto usted ningún niño tan bonito como éste?

ATAUL. (De mala gana.) Ninguno, señora, ninguno.

ENC. ¡Es más listo!... Si viera usted, ¡suelta cada ajo!

ATAUL. (Con gravedad.) No enseñen ustedes palabrotas a los niños.

ENC. Pero, hombre de Dios, ¿qué palabrotas va a decir una criatura de ocho meses?

ATAUL. ¡Ah! Creí...

ENC. Pero aunque es tan chico, lo entiende todo. Verá usted. (Al niño.) Serafinito, tírale de las narices a este señor.

ATAUL. (Indignado.) Señora, que le tire a su padre.

ENC. Ya le ha tirado hace un momento.

ATAUL. Esas bromas no me gustan.

ENC. Porque aborrece usted a los niños.

ATAUL. A esta edad, ni en el propio Napoleón hubiera yo encontrado nada de particular.

ENC. Esas son apreciaciones en que no podemos coincidir. Usted odia a los chicos y yo me entusiasmo con éllos. Si yo fuera mujer de posición me gustaría tener muchos hijos.

ATAUL. ¡Muchos! ¿Pero no le basta a usted con los ocho que el señor le ha concedido?

ENC. ¡Y qué es eso! Mire, mi madre tuvo diecinueve y una hermana suya treinta y tres.

ATAUL. Pues si usted sigue por este camino va a poner en ridículo a toda su familia.

ENC. Sería mi mayor orgullo.

ATAUL. Pero no tendría usted huéspedes.

ENC. Siendo rica le juro a usted que no los tendría.

ESCENA IV

DICHOS y WILLIAM, que sale por foro en traje de calle y con el sombrero puesto. Lleva varios papeles debajo del brazo y habla con marcado acento extranjero

WIL. Buenas tardes.

ENC. Muy buenas. (William, sin detenerse un momento, vase por la segunda derecha cerrando tras de sí.)

ATAUL. (Asombrado.) ¿Quién es ese hombre?
ENC. Un huésped que vino ayer.
ATAUL. Pues es la primera noticia que tengo.
ENC. Ah, ¿no voy a poder admitir a nadie sin contar con usted?
ATAUL. No lo digo por eso; lo digo porque me choca no haberle visto en la mesa.
ENC. Come en su cuarto.
ATAUL. Vamos, por lo visto no quiere entablar conocimiento con nosotros.
ENC. Es que este señor no hace más que trabajar.
ATAUL. ¿En qué?
ENC. En sus cosas: es un ingeniero inglés que ha venido para ponerse al frente de no sé qué construcciones, y no sale de su habitación porque se pasa el día haciendo cálculos.
ATAUL. ¿Cálculos?
ENC. Sí.
ATAUL (Admirado.) ¿En esta casa?
ENC. Claro.
ATAUL. Lo niego. Con sus hijos de usted, su marido de usted y usted, no se puede echar ni la cuenta de la lavandera.
ENC. Es usted muy exagerado.
ATAUL. No, señora, no. En esta casa hay más ruido que en el Parque Zoológico. Ese pobre engañado, ya verá usted qué pronto se larga.
ENC. Cuando termine un puente de seis ojos.
ATAUL. ¡Quiá! Antes de llegar al primer ojo, está hasta las cejas de todos ustedes.
ENC. Ya lo veremos.

ESCENA V

DICHOS y FILOMENA, que sale por el foro llevando un montón de loza que dejará en el aparador

FIL. Señora, me parece que no va a haber mas remedio que comprar platos.
ENC. (Aterrada.) ¡Platos! ¿Otra vez? Pero si acabamos de comprarlos, como quien dice.
ATAUL. Ese *como quien dice* serán catorce o dieciséis años.
ENC. No, señor, que hace muy poco tiempo que se compraron. Lo que sucede es que con esta mujer no hay nada que dure.
FIL. ¿Conmigo?

ENC. Sí, señora, con usted, que rompe una atrocidad. Yo serviría la comida a los huéspedes en platos de hierro, pero me parece muy fuerte.

ATAUL. No, lo mejor es que ponga usted un cazolón en el centro de la mesa y nos dé una cuchara de palo a cada uno.

ENC. Usted se reirá; pero crea que esto es desesperante. Ahora mismo no tenemos más que doce copas para catorce.

ATAUL. Pues con que dos no beban está arreglado el conflicto.

ENC. Y esta escasez me desespera, porque a mí siempre me ha gustado tener dos copas de más.

FIL. Pues yo pongo todo el cuidado que puedo. Ya ve usted, desde que estoy en la casa no he visto más fuente que ésta. (Refiérese a una que acaba de dejar en el aparador.)

ENC. Como que no hay otra.

FIL. Pues ya ve usted cómo se conserva.

ENC. ¡No faltaba más!

FIL. Bueno, ¿echo la sal en el cocido o va usted?

ENC. Yo iré, porque a usted se le va la mano y sale una carne que parece mojama.

FIL. Por eso lo digo. (Vanse las dos por el foro.)

ESCENA VI

ATAULFO y CASIMIRIN, que saldrá cuando se indique por el foro, radiante de alegría

ATAUL. (Por Encarna.) Como buena, es buena; pero lo cierto es que en esta casa está uno más intranquilo que en el Tobogán... ¡Pobre inglés! ¡Qué desengaño se va a llevar cuando se dé cuenta de su situación...

CAS. ¡Don Ataulfo! ¡Don Ataulfo!

ATAUL. ¿Qué hay, Casimirín?

CAS. Deme usted la enhorabuena y un abrazo.

ATAUL. (Abrazándole.) Pero, ¿qué le ha sucedido a usted que viene tan contento?

CAS. ¡Casi nada! .. Que he logrado ver realizadas mis aspiraciones.

ATAUL. ¿Le han ascendido?

CAS. No, señor; pero sin embargo, dentro de poco nadaré en la abundancia.

ATAUL. ¡Cuánto me alegro!

CAS. Gracias, don Ataulfo. Crea usted que he pasado muchos apuros, porque lo que es con cien pesetas mensuales de sueldo no se puede tener dirigible.

ATAUL. Claro que no. ¿Y a qué se debe el cambio?

CAS. Verá; usted ya sabe que a más de oficial quinto, yo soy profesor de cornetín.

ATAUL. Sí, desde que lo tocaba usted en el regimiento.

CAS. Pues bien; esta habilidad, que nunca me había proporcionado ningún ingreso, desde mañana me producirá tres pesetas diarias.

ATAUL. ¡Qué me cuenta usted!

CAS. Porque me han contratado para tocar en la orquesta del Lírico.

ATAUL. ¡Hombre, pues que sea enhorabuena!

CAS. Y mi situación cambia de medio a medio... pues con los dos sueldos reúno treinta y ocho duros al mes, con lo cual tengo hasta para oir a Titta Ruffo.

ATAUL. ¿Y se halla usted preparado para tocar?

CAS. Ya lo creo, en cuanto ensaye.

ATAUL. Lo digo, porque desde que yo le conozco no ha tocado usted nada.

CAS. Unicamente el cielo con las manos, porque crea usted que las he pasado muy negras... Pero bien pronto cambiarán las cosas, porque ha de saber usted, querido don Ataulfo, que yo hago locuras con el cornetín... por cierto que la última que hice con él fué empeñarlo.

ATAUL. ¡Qué contrariedad!

CAS. ¡Ah!... ¡Si viera usted qué sonido tan dulcísimo le he sacado!

ATAUL. ¿Y ahora?

CAS. Ahora no le voy a poder sacar, y por eso, precisamente por eso, conociendo su corazón generoso, venía a pedirle diez pesetas, prometiendole que mis primeros soplidos serán para usted.

ATAUL. ¿Habla usted en serio?

CAS. Sí, señor.

ATAUL. ¿Es usted de fiar?

CAS. No lo dude usted.

ATAUL. ¿Y jura usted por su honor que me pagaría?

CAS. Lo juro.

ATAUL. Pues en ese caso, puede usted creer, que-

rido Casimirín, que tengo un verdadero sentimiento al no poderle servir.

CAS. ¿Pero?...

ATAUL. En los actuales momentos no disfruto de más numerario que cuatro pesetas.

CAS. Por ahí podía usted haber empezado.

ATAUL. De fijo doña Encarnación podrá sacarle a usted del compromiso. Pídale las diez pesetas, y si es preciso dígale que yo salgo fiador.

CAS. (Irónicamente.) Muchísimas gracias... Acudiré a ella y veremos.

ATAUL. Eso es lo mejor. Y crea usted que lamento en el alma no poderle servir.

CAS. ¡Qué se le ha de hacer! ¡En fin, hasta después!

ATAUL. Adiós. (Vase Casimirín por el foro.) Dios me perdone la mentira que acabo de soltar... Le he hecho creer a Casimirín que tengo cuatro pesetas, cuando es lo cierto que en las actuales circunstancias sólo poseo sesenta y cinco céntimos. Pero me ha parecido rebajarme demasiado... El dinero se va como agua, porque apenas me alcanza para vivir, mi sueldo de veinticinco duros... ¡Paciencia! (Vase por la primera derecha.)

ESCENA VII

ENCARNA y EDUARDO

EDU. (Saliendo por la segunda izquierda y dirigiéndose al fondo llama.) Encarna, Encarna.

ENC. (Dentro.) ¿Qué quieres?

EDU. Ven un momento si puedes.

ENC. (Sale por el foro llevando al niño en los brazos.) ¿Qué te pasa?

EDU. Que no encuentro más que una bota. ¿Sabes en dónde está la otra?

ENC. ¡Ay!... ¡Ya lo creo! En la artesa.

EDU. ¿Pero cómo?

ENC. No me había acordado de decírtelo... Esta mañana, empeñado Ricardito en explicar prácticamente a Periquito, cómo se hizo la botadura del *Carlos V*, agarró tu bota y...

EDU. ¡Y la metió en la artesa!

ENC. Justamente.

EDU. ¡Qué chicos! Corro a salvar del naufragio a

ese buque que tan necesario me es para salir a la calle. (Vase por el foro.)

ENC. (Al niño, que gruñe.) Y tú, a ver si te duermes, porque lo que es hoy estás insoportable. (Paseándole.) ¡Ah, ah, ah!

EDU. (Sale por el foro llevando una bota que chorrea agua y exclama con acento compungido.) ¿Con que *botadura?* ¡Si esto es una esponja!

ENC. ¿La has encontrado?

EDU. Sí; estaba en el astillero, pero mira qué lástima... Al Churruca ese le voy a dar un puntapié que le va a quitar la afición a navegar.

ENC. Ten paciencia; los pobrecitos no saben lo que se hacen.

EDU. (Resignado.) Ya lo sé. En fin, voy a arreglarme.

ENC. Y yo a dormir a Serafinito, que está muerto de sueño. ¡Ah! Acabo de darle a Casimirín dos duros. Apúntalo para que no se nos olvide.

EDU. Descuida. (Vase por la segunda izquierda mirando su bota y diciendo.) Menudo reuma me va a costar la experiencia de ese pillastre.

ESCENA VIII

ENCARNACION, DON AMABLE y EDUARDO luego

ENC. (Al niño.) Vamos, rico, a dormir. (Empieza a dar grandes y rápidos paseos por la habitación, cantando.)

Quisiera ser tan alto
como la luna,
¡ay! ¡ay!
como la luna;
para ver los soldados
de Cataluña,
¡ay! ¡ay!
de Cataluña.

AMAB. (Que aparece por la puerta del foro llevando una maleta y un gabán al brazo. Quédase parado con timidez y dice:) Buenas tar...

ENC. (Interrumpiéndole rápidamente y obligándole a guardar silencio) Chis... Chis... (Sin dejar de pasear un solo instante dice a don Amable cantando con la misma música que antes.)

Siéntese usté un momento
y esté sin hablar,
¡ay! ¡ay!
y esté sin hablar,
porque si le oye el niño
se va a despertar,
¡ay! ¡ay!
se va a despertar.

(Don Amable pone cara de estupefacción y contempla el cuadro sin salir de su asombro.)

EDU. (Sale de la segunda izquierda en mangas de camisa y va a hablar a Encarnación; pero al ver que ésta canta para dormir al niño, dice cantando y con la misma música.)

¿Dónde está la corbata
y el abrochador?
¡ay! ¡ay!
¿y el abrochador?

ENC. (Que le contesta también cantando.)

En un cajón de esos
del aparador,
¡ay! ¡ay!
del aparador.

(Eduardo abre un cajón, saca de él lo que necesita y vase sin chistar por la segunda izquierda. Vase inmediatamente después Encarnación por el foro. Don Amable mira a ambos personajes y quédase asombrado.)

AMAB. ¡Qué cosa más rara! En verdad que no comprendo la razón de estos cantares. Quizás para demostrarme la alegría que les ha proporcionado mi llegada han prorrumpido en cánticos estas buenas gentes.

EDU. (Saliendo por la segunda izquierda y dirigiéndose a don Amable.) Caballero, usted perdone que no le hayamos recibido dignamente, pero estaba mi señora durmiendo al pequeño y...

AMAB. Están ustedes perdonados.

ENC. (Saliendo por el foro, ya sin el niño, y dirigiéndose a don Amable.) Buenas tardes. ¿Está usted bien?

AMAB. Muy bien, señora, aunque algo cansado del viaje, que es muy molesto.

EDU. ¿Viene usted de muy lejos?

AMAB. De la provincia de Guadalajara.

ENC. Pues no es mucho.

AMAB. Ciertamente; pero desde mi pueblo a Ma-

drid hay que emplear el caballo, la tartana y el ferrocarril.

EDU. ¡Oh, es molestísimo!

AMAB. Tremendo, y aunque yo hago el viaje en varias etapas llego cansadísimo, porque soy hombre delicado y sensible, tanto que en este momento tengo agujetas de los tres medios de locomoción.

ENC. Pues aquí puede usted descansar que nadie le molestará.

EDU. En cuanto a eso puede usted estar tranquilo.

AMAB. Bien me había dicho el amigo Regúlez que eran ustedes excelentes personas.

EDU. Regúlez es muy bueno.

AMAB. Yo vengo contentísimo a esta casa. A mi no me da por lujos. Los hoteles me fastidian por el jaleo que hay en ellos constantemente.

ENC. ¡Ah! No se puede parar.

AMAB. Y yo, como ya no soy un niño, sólo amo la tranquilidad.

EDU. Pues en nuestra casa la encontrará usted.

AMAB. Me felicito... Supongo que habrán reservado ustedes una habitación.

ENC. Ya lo creo, todo está dispuesto. Esta es. ¿Le gusta? (Enseñándole la primera izquierda.)

AMAB. (Después de verla.) Muy buena. Yo no necesito más. Voy a arreglar un poco mis bártulos y en seguida me acostaré porque estoy molido.

EDU. Como usted quiera.

AMAB. Mil gracias.

EDU. Y ahora le dejo porque tengo que salir. Ya sabe usted, Eduardo González está a su disposición.

AMAB. Y usted mande como guste; Amable Cantimplorilla en Comadreja de San Silvestre.

EDU. Muchas gracias y hasta luego. (Vase por el foro.)

AMAB. Bueno, señora, con su permiso voy a ocuparme de mis cosas. (Entra en la primera izquierda.)

ENC. (Desde la puerta.) Como usted guste. Si algo se le ofrece no tiene usted más que dar un grito y al momento estamos aquí. (Cierra la puerta del cuarto de don Amable y dentro se oye el llanto del niño.) ¿Pero es posible? Otra vez despierto. Esta criaturita me está quitando la vida. (Vase por el foro.)

ESCENA IX

DON ATAULFO, FILOMENA y ENCARNACION

ATAUL. (Saliendo por la primera derecha y aludiendo a don Amable.) Le he visto, he escuchado la conversación y no he podido menos de llorar... ¡Otra víctima! Infeliz don Amable, usted que busca la tranquilidad, ¡en dónde ha ido a caer!

ENC. (Dentro y cantando.)

Me casó mi madre
chiquitita y bonita, etc.

ATAUL. Ya estará empezando a sufrir ese pobre hombre. Y lo que más me extraña es que el del puente no se haya largado ya.

(Filomena sale por el foro llevando otro montón de loza que deja encima del aparador y se dispone a colocar convenientemente. En sus cambios coge la fuente que antes trajo.)

ENC. (Por el foro, otra vez con el niño y cantando y paseando como antes.)

A la limón, a la limón,
que se ha roto la fuente.

(En este momento Filomena deja caer al suelo la fuente, que se rompe en mil pedazos.)

ENC. (Sin cantar y asustada.) ¿Qué es eso?

ATAUL. (Cantando irónicamente.)

Que se ha roto la fuente.

ENC. (Furiosa a Filomena.) ¿Le parece a usted bien? ¿Es ese el cuidado que tiene usted? ¡Esto no puede seguir así!

FIL. Pero si yo...

ENC. Quítese usted de mi vista, no sea que haga algún disparate.

ATAUL. (A Encarnación.) En castigo tírele usted el niño a la cabeza.

ENC. Déjeme usted en paz. Ahora no hay más remedio que comprar otra.

ATAUL. Alquile usted una.

FIL. Yo no sé cómo ha sido.

ENC. La he dicho que se quite usted de mi vista.

(Vase por el foro Filomena.) ¡Qué disgusto! ¿Y ahora, qué hacemos? (Vase tras Filomena.)

ATAUL. (Cantando para que le oiga Encarnación.)

Mandarla a componer.

ESCENA X

DON ATAULFO, DON AMABLE y ENCARNACION

AMAB. (Que sale apuradísimo por la primera izquierda.) ¿Qué ha sido eso?

ATAUL. (Cantando igual que antes.)

Que se ha roto la fuente.

AMAB. (Aparte.) Este señor también canta. Por lo visto es costumbre de la casa.

ENC. (Por el foro.) No se asuste usted, don Amable, porque no ha ocurrido nada de particular. Tenemos una criada que todo lo rompe, y ahora mismo acaba de hacer añicos una fuente.

AMAB. Ah; pues al oir gritos me he llevado un susto horroroso, porque yo no estoy acostumbrado a estas emociones.

ATAUL. (Aparte.) Ya te irás acostumbrando.

ENC. Perdónenos usted.

AMAB. No hay de qué. ¡Ah! Lo que si tiene usted la amabilidad de llevarse le daré esto...

ENC. Lo que usted quiera.

AMAB. (Que entra en su habitación e inmediatamente sale llevando tres caballitos de cartón y puesto un sombrero de picador.) Son estos trebejos que me impiden colocar mi equipaje, porque como la habitación no es muy desahogada.

ENC. (Cogiéndolo todo y poniéndolo encima de una silla.) Ah, sí... Ha sido un olvido... ¿Sabe usted? como esa habitación estaba desocupada, los niños la tenían para cuadra.

AMAB. (Aparte.) ¡Por vida del Crisóstomo! (Alto.) Comprendido... ¿Tiene usted más hijos que ese?

ENC. Sí, señor, ocho.

AMAB. (Aparte.) ¡Por vida del Crisóstomo!

ENC. Ya los verá usted. Hoy han ido a comer a casa de su abuela, como todos los domingos.

AMAB. Ya, ya.

ENC. Este que ve usted no puede ser más bueno. (Acercándose al niño.)

AMAB. (Por compromiso.) Es muy bonito.

ENC. (Ofreciéndoselo.) Cójale usted si quiere.

AMAB. No se moleste usted.

ENC. No tenga usted cuidado, que no llora.

AMAB. Y usted va a privarse...

ENC. No faltaba más. (Le entrega el chico a don Amable que a disgusto lo admite, demostrando su poca habilidad para tenerlo.)

AMAB. Yo tengo muy poca maña para tener a los niños.

ATAUL. Ya se irá usted acostumbrando.

ENC. Ya lo creo... Como verá usted, es muy mono.

AMAB. Ya lo creo, y está muy listo.

ENC. Listísimo. Todo lo entiende. Ahora verá usted. (Al niño.) Serafinito, tírale de las narices a este señor.

AMAB. (Gritando al ver que el niño obedece.) ¡Ay! ¡Ay!... ¡Listísimo!... ¡Es un prodigio!... Señora, que no suelta.

ATAUL. ¡Es una monada! (En este momento óyense dentro ruidos de cacharros que se rompen.)

ENC. (Al oirlo.) ¡Qué oigo! Esta mujer me ha hecho otro estropicio. (Vase por el foro.)

AMAB. (Muy apurado y llamando.) Señora, señora... Tome usted a su niño... ¡Y se va dejándome al chico!

ATAUL. (Aparte.) Don Amable no dura ni tres días en esta casa.

ESCENA XI

DON ATAULFO y DON AMABLE

AMAB. (Sin saber qué hacer con el niño y dirigiéndose a don Ataulfo.) Caballero, caballero, haga usted el favor de echarme una mano.

ATAUL. ¿Para qué?

AMAB. Porque se me va a caer este niño.

ATAUL. Déjele usted que se caiga y si no espere a que venga doña Encarnación, que ya no puede tardar.

AMAB. ¿Cree usted?

ATAUL. En cuanto le suelte a la criada la peluca número catorce, la tiene usted aquí.

AMAB. Caballero, yo no puedo aguantar a los chicos.

ATAUL. (Ofreciéndole la mano.) Choque usted.

AMAB. (Sin darle la mano.) No es desaire, caballero; pero si choco se me cae la criatura.

ATAUL. Usted no sabe en dónde se ha metido.

AMAB. Lo voy sospechando... ¡Ay, Regúlez, Regúlez, no te perdonaré mientras viva! Esto es un crimen. ¡Teniendo chicos un hombre que está derrengado y deseando meterse en la cama!

ATAUL. Lo cual es una tontería, porque le advierto a usted que ese es el más inofensivo de los ocho retoños de esa señora.

AMAB. ¡Por vida del Crisóstomo!

ATAUL. Los otros... ¡ya los verá usted! Se le subirán encima, le quitarán sus cosas y entrarán en su habitación, aunque esté usted durmiendo, porque como tenían la cuadra ahí, primero que se acostumbren...

AMAB. ¡He entregado mi alma a Dios!

ATAUL. Es muy fácil.

AMAB. (Poniendo una cara muy significativa.) ¡Ay! ¡ay!... Este niño está muy mal educado.

ATAUL. Ah, lo comprendo. Sin duda se está tomando con usted las mayores libertades.

AMAB. (Dando intención a la frase.) Sí, señor, las mayores... Yo le ruego a usted que me le tenga un instante.

ATAUL. Pídame usted todo lo que quiera menos eso.

AMAB. (Suplicante.) Un momento nada más, el tiempo preciso para lavarme las manos.

ATAUL. (Sin saber qué hacer.) Pero...

AMAB. Yo se lo suplico. Me lavo, me pongo los guantes y vuelvo a cogerlo.

ATAUL. Sea, pero prométame usted no tardar, porque yo me conozco, y antes de tener al chico lo meto debajo de la mesa. (Coge el chico que le entrega don Amable.)

AMAB. (En el momento que lo ha soltado entra en su habitación, diciendo:) Por mí, lo puede usted tirar por el balcón si quiere. (Cierra la puerta de su habitación con llave.)

ATAUL. (Al sentir la cerradura y llamando.) ¡Eh!... ¡Don Amable!... Quiá, ese ya no sale ni a tiros. ¡Bonito proceder! ¿Y qué hago yo de la criatura ésta? (Quédase mirando al niño, y al cabo exclama, poniendo una cara tan significativa como la que antes puso don Amable:) ¡Demonio, otra vez!... Debe ser de los dientes.

ESCENA XII

DON ATAULFO y CASIMIRIN

CAS. (Que sale por el foro muy contento y llevando en una funda el cornetín.) ¡Ya está aquí, don Ataulfo, ya está aquí!

ATAUL. (Volviéndose.) ¿El qué?

CAS. El cornetín. (Asombrado.) ¡Pero calle! ¡Usted con Serafinito!... ¿Le ha dado a usted ahora por los niños?

ATAUL. ¡Qué me ha de dar, hombre!... Las circunstancias que me obligan. Pero hablemos de usted, ¿ha sacado usted el cornetín?

CAS. Véalo usted.

ATAUL. Hombre, sí, quiero verlo, porque yo nunca he visto de cerca estos chismes. Pero haga usted el favor de coger al niño, porque si no no puedo.

CAS. Con mucho gusto. (Coge al niño y le da el cornetín a don Ataulfo.)

ATAUL. (Rápidamente desenfunda el cornetín, y sin mirarlo casi dice:) ¡Muy bonito! (Y enfundándolo de nuevo se lo devuelve a Casimiro.) Tome usted.

CAS. (Cogiéndole y ofreciéndole el niño.) Coja usted el niño.

ATAUL. Déselo usted a su madre. (Vase por la primera derecha.)

CAS. (Llamando.) Don Ataulfo... Nada, que me ha encajado al chico con la mayor naturalidad.

ESCENA XIII

CASIMIRIN y ENCARNACION

CAS. (Poniendo cara también significativa.) ¡Demonio!)

ENC. (Saliendo por el foro y dice al ver a Casimirin.) ¿Qué hace usted con el niño, Casimirín?

CAS. Me lo ha dado don Ataulfo; pero haga usted el favor de cogerlo, porque el cornetín se oxida y luego no toca.

ENC. (Cogiendo al niño.) ¡Ven, rey mío!

CAS. Vea usted, doña Encarnación, (Por el cornetín.) ¡ya es mío! y podrá usted apreciar los

dulcísimos sonidos que arranco a este instrumento. ¡Cualquiera los arranca!

ENC. ¿Y las diez pesetas?

CAS. ¡Cualquiera las arranca!

ENC. ¿Eh?

CAS. ¡Ah, sí! Muy pronto las verá usted. Yo soy muy formal y mis primeros sueldos servirán para cumplir con usted.

ENC. Amén.

CAS. Ahora voy a ordenar mis papeles y a ponerme en condiciones de asombrar a las muchedumbres. (Vase por el foro.)

ESCENA XIV

ENCARNACION y FILOMENA

FIL. (Saliendo por el foro.) Señora.

ENC. ¿Qué quiere usted?

FIL. El médico acaba de venir.

ENC. ¿En dónde está?

FIL. En la sala. (Vase por el foro.)

ENC. Voy. (Hace mutis también por el foro. Queda la escena sola un momento y empiezan a oirse los sonidos que dentro arranca Casimirín a su instrumento.)

ESCENA XV

DON ATAULFO y DON AMABLE. Los dos abren las puertas de sus cuartos respectivos y salen al mismo tiempo, quedando parados y mirándose en furiosa actitud

AMAB. ¿Pero oye usted?

ATAUL. ¿Pero oye usted?

AMAB. ¡Sí!

ATAUL. ¡Sí!

AMAB. ¡Esto es intolerable! ¿Sabe usted si se abre alguna tienda?

ATAUL. No, señor.

AMAB. ¿Pues de dónde proviene eso?

ATAUL. Proviene de que uno de los huéspedes, que es cornetín, debuta mañana en la orquesta del Lírico y está ensayando.

AMAB. ¿Y no podría irse a ensayar al monte?

ATAUL. Precisamente viene del monte, y cuando

está aquí es señal de que no le da la gana de marcharse.

AMAB. Pues entonces me iré yo. ¡Esto es horrible! Ya estaba preparándome para meterme en la cama, cuando comencé a sentir este alboroto. ¡Quién duerme con eso!

ATAUL. Pues hay que resignarse.

AMAB. No me resigno, no, señor; y aunque soy el presidente de la Liga Antiduelista de Comadreja de San Silvestre, no puedo menos de enviar dos testigos al infame de Regúlez.

ATAUL. No se acalore usted.

AMAB. ¿Cree usted que es para menos? ¡Recomendarme esta casa sabiendo que sólo amo la tranquilidad!

ATAUL. ¡Ah, pues esto no es nada! ¡Cuando vengan los niños que faltan ya me dirá usted lo que es bueno! (Cesa el cornetín.)

AMAB. No, no. Decididamente me marcho.

ATAUL. Por ahí tendré yo que terminar, y supongo que también tomará la misma determinación el huésped de ese cuarto, (Segunda derecha.) que no me explico cómo puede trabajar con este jaleo.

AMAB. Hay personas insensibles al ruido; pero yo confieso que me exaspera.

ESCENA XVI

DICHOS y EDUARDO

EDU. (Saliendo por el foro.) Buenas tardes, señores.

ATAUL. (A Eduardo, con gravedad.) A propósito, venga usté acá.

EDU. ¿Qué hay?

ATAUL. Este señor desea exponerle a usted sus quejas.

EDU. ¿Quejas? Usted dirá.

AMAB. (Con gravedad también.) Caballero, usted no ignora que yo he venido a su casa buscando la tranquilidad; pero no hace más que media hora que estoy en ella y ya me he convencido de que es imposible vivir aquí tranquilo.

ATAUL. El señor tiene muchísima razón.

EDU. ¿Pero qué le ha ocurrido?

AMAB. Pues que en tan poco tiempo he tenido que actuar de mozo de cuadra y de ama de cría.

ATAUL. Sí, señor, y yo también.

EDU. ¿Pero qué dicen ustedes?

AMAB. Y, por último, cuando ya me disponía a meterme en la cama para reponer mis quebrantadas fuerzas, me lo ha impedido el huésped del cornetín.

EDU. ¿Cuál?

ATAUL. Casimirín.

AMAB. Además, su señora de usted no cesa de cantar al niño, y a juzgar por lo que grita, parece que trata de dormir al niño de la casa de al lado.

EDU. ¿Y es eso todo?

AMAB. ¿Le parece a usted poco?

EDU. Todo eso lo arreglaré yo. Encarnación dormirá al niño con sordina y lejos de la habitación de usted.

ATAUL. Y de la mía.

EDU. Casimirín ensayará cuando no esté usted en casa.

ATAUL. Ni yo.

EDU. Y yo le prometo que no sentirá ni el aleteo de una mosca. De modo que puede usted acostarse tranquilo si así le place.

AMAB. Confío en su palabra y me voy a acostar; pero le advierto que si sus promesas no se cumplen, me veré precisado a dejar a ustedes.

ATAUL. Y yo también.

EDU. Todo se arreglará, y no se entristezcan ustedes. La vida hay que tomarla por el lado bueno.

AMAB. Cumpla usted su palabra.

EDU. Se lo prometo.

AMAB. Entonces me voy a acostar.

EDU. Que usted descanse.

(Vase don Amable por la primera izquierda.)

ESCENA XVII

ATAULFO, EDUARDO y ENCARNACION

ATAUL. ¿Ve usted cómo tengo razón? Todo el mundo se queja de lo mismo.

EDU. Déjese usted de quejas y escuche las buenas noticias que traigo, que de fijo le ale-

grarán, porque yo sé que es usted un buen amigo.

ENC. (Saliendo por el foro.) ¿Has visto a don Antolín?

EDU. Le he visto, me ha recibido con suma amabilidad y desde primero de mes me pondré al frente de la caja con un sueldo de doce duros.

ENC. ¡Qué alegría!

EDU. (A Ataulfo.) ¿Qué le parece a usted?

ATAUL. Perfectísimamente.

EDU. Pero la cosa no termina aquí. Enterado don Antolín de que tenemos huéspedes, me ha recomendado a unos amigos suyos.

ATAUL. (Aparte.) ¡Pobrecitos!

ENC. Mejor que mejor. ¿Y quiénes son ellos?

EDU. Un matrimonio recién casado y el ama de cría.

ATAUL. (Aterrado.) ¡Ama de cría!... ¿Luego tienen un niño?

EDU. No, señor, cuatro.

ENC. ¡Qué gusto! Ya tienen los nuestros con quien jugar.

ATAUL. ¿Pero no dice usted que son recién casados?

EDU De hace dos años.

ATAUL. ¿Y cómo tienen cuatro chicos?

EDU. Porque doblan.

ATAUL. (A Encarnación.) Esa señora y usted se van a llevar muy mal.

EDU. Al contrario.

ATAUL. También es verdad... podrán hacer regatas... ¿Y cuándo vienen?

EDU. Mañana por la mañana.

ATAUL. (Con gravedad.) Bueno; yo lo siento mucho, pero desde ahora pueden ustedes contar con mi habitación.

ENC. ¿Será usted capaz de irse?

ATAUL. ¿Cree usted que la ocasión puede ser más oportuna?

ENC. Con esa resolución nos va usted a amargar un día felicísimo, porque yo también tengo (A Eduardo.) que darte un alegrón.

EDU. Habla, habla.

ENC. (Con cierta timidez.) Me ha visto el médico y... ¿sabes lo que dice?

EDU. ¿Qué? (Encarnación le habla al oído y él exclama con alegría.) ¡Es posible!... ¡Y para Enero!

ATAUL. (Grave.) ¿Para Enero? (Rápidamente vase por la primera derecha.)

ESCENA XVIII

ENCARNACION y EDUARDO

ENC. (Por don Ataulfo.) ¿Qué le habrá dado?

EDU. Pues que se va de casa.

ENC. Quiá, tú no le conoces. Este nos tiene mucha ley y no se va aunque le maten.

(¡Dentro vuelve a oirse el cornetín.)

EDU. ¡Cielos! Corramos a hacer callar a Casimirín, porque de lo contrario se nos va don Amable.

AMAB. (Dentro y gritando desaforadamente.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Socorro! ¡Favor!

EDU. (Que iba a salir por el foro, se detiene.) ¿Qué le pasará a este hombre?

ENC. Entra tú a ver.

(Vase Eduardo por la primera izquierda.)

ESCENA XIX

DICHOS, N ATAULFO y FILOMENA

ATAUL. (Sale por la primera derecha con el sombrero puesto y una maleta en la mano.) ¿Qué es eso?

FIL. (Por el foro.) ¿Sucede algo?

ENC. No sabemos lo que le pasará a don Amable. Eduardo ha entrado para enterarse.

EDU. (Saliendo.) ¡Qué cosa más rara!

ENC. ¿Qué era?

EDU. Pues que dice que al entrar en la cama se ha clavado una cosa en la planta del pie.

FIL. ¡Ya sé lo que es! El coronel de caballería.

ENC. ¡Es verdad!

EDU. Justo, el de la espada afilada. Ya decía yo que la tenía miedo!

ATAUL. ¡Qué barbaridad! ¿Y aun dirán ustedes que no hay razón para poner el grito en el cielo?

ESCENA XX

DICHOS y DON AMABLE que sale de su cuarto con maleta y traje de camino y llevando en la mano el coronel de caballería que entrega a Encarnación

AMAB. Tome usted, señora. Por lo visto sus hijos juegan a los soldados dentro de las camas.

ENC. Sí, señor, jugaban; pero debe usted disculparles porque ese cuarto le tenían habilitado para cuadra.

AMAB. Ya he tenido el honor de saberlo y comprendiendo que esa habitación es sumamente necesaria a sus hijos, creo oportuno dejársela libre.

ATAUL. Sí, señor, muy bien hecho; porque ha de saber usted que desde mañana habrá cuatro niños más en esta casa.

AMAB. ¡Una docena completa!

ATAUL. Y desde Enero la del fraile.

EDU. (A Ataulfo.) ¿De modo que usted también se va?

ATAUL. Sí, señor; y he creído un deber de conciencia decirle a este señor lo que ocurre, como también se lo diré a ese otro desdichado ingeniero que sin duda, en un exceso de consideración, no se ha atrevido a quejarse.

EDU. Pues aproveche usted la ocasión porque precisamente aquí sale.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y WILLIAM que sale lo mismo que antes con el sombrero puesto y papeles debajo del brazo. Sale por la segunda derecha y dirígese al foro

WIL. Buenas tardes.

ATAUL. (Dándole un golpecito en el hombro y deteniéndole.) Caballero, creo un deber de conciencia decirle...

WIL. (Interrumpiéndole con mucha amabilidad.) Tenga la bondad de esperar, señor. (Se mete la mano en un bolsillo e inmediatamente saca de él una trompetilla acústica que se aplica al oído. Acercándola a don Ataulfo le dice:) Ya puede usted hablar.

ATAUL. (Asombrado y sin saber qué decir.) No... nada... Es que creí que era usted un amigo mío; pero veo que me he equivocado... Usted perdone.

WIL. De nada. (Guarda su trompetilla y dice:) Buenas tardes. (Vase por el foro.)

ATAUL. (Por William.) Ese, ese es el huésped ideal para ustedes. Ahora afirmo que terminará en esta casa el puente de seis ojos.

EDU. ¿De modo que usted se va?

ATAUL. Sí, señor. No puedo aguantar más chicos.
AMAB. Ni yo.
EDU. ¡Lástima me dan ustedes!
ATAUL. ¿Lástima por qué?
EDU. Porque son dignos de ella los que no aman a los niños. ¿No gozan ustedes con sus risas y con sus juegos? ¿Hay algo más puro? Ellos son la alegría del hogar, los hombres de mañana... ¡Vengan hijos mientras podamos criarlos!
ENC. (Conmovida.) Sí, Eduardo, que vengan muchos.
ATAUL. ¿Le parece a usted que no vienen?
(Se oye dentro el cornetín.)
ENC. Casimirín canta nuestra alegría.
AMAB. (Dirigiéndose al foro.) Señores, que ustedes lo pasen bien.
ENC. Vaya usted con Dios.
AMAB. (A Ataulfo.) ¿No viene usted?
ATAUL. (Dudando.) Yo... no sé... (Resuelto.) Ya, cenaré aquí y mañana Dios dirá.
EDU. No se marcha. Don Ataulfo, por más que no quiera confesarlo, usted es de los nuestros.
AMAB. Que ustedes lo pasen bien. (Vase por el foro.)
TODOS Adiós.
(Oyense dentro fuertes campanillazos.)
EDU. (Corriendo hacia la puerta del foro dice con alegría:) ¡Los niños!
ENC. ¡Los niños! (Rápidamente le da el niño que tiene en los brazos a don Ataulfo que lo coge sin oponer resistencia.) Tome usted un momento, don Ataulfo. (Corre también hacia la puerta del foro. Oyese dentro gran algarabía y chillidos.)
ATAUL. (Con pesar.) ¡Los niños!
ENC. (Mirando hacia dentro.) ¡Hijos míos!
EDU. (Idem.) ¡Hijos de mi vida!
ATAUL. (Quédase un momento mirando al niño que tiene en los brazos y al cabo dice con tono de resignación:) ¡Estaba de Dios! (Empieza a pasearse como Encarnación cantando.)

Quisiera ser tan alto
como la luna,
¡ay! ¡ay!
como la luna.

TELON

Obras de Antonio Estremera

Libros usados. (1) Humorada lírica, original, con música de Revilla y Ruiz de Arana. (Teatro Moderno.)

El hijo de Doña Urraca. (2) Opereta en un acto, original, música de D. Ruperto Chapí. (Teatro de la Zarzuela.)

El hombre pañuelo. (3) Humorada lírica en un acto, original, música de Ribas y Ruiz de Arana. (Teatro de Novedades.)

El bajo cantante. Juguete cómico en un acto, en prosa y original. (Salón Nacional.)

La reina del tango. (4) Entremés lírico con música de Ribas y Ruiz de Arana. (Coliseo de la Flor.)

El hogar alegre. Pasillo cómico en un acto y original (Príncipe Alfonso.)

La pepita de oro. (3) Zarzuela en un acto, música de Ribas y La Viña. (Teatro de Novedades.)

El reloj de arena. (3) Fantasía lírica en un acto, música de D. Rafael Calleja. (Teatro Price.)

El Gran Duque Simple IV. (2) Opereta en un acto con música de D. Tomás Barrera. (Teatro Price.)

Juego de amor. (3) Opereta vienesa en tres actos, traducida y adaptada. Música de Englander. (Teatro Price.)

El padre Cirilo. (3) Humorada lírica, libro y música de Antonio Estremera. (Teatro Price.)

Las cuarenta horas. Pasillo cómico, original. (Teatro Cervantes.)

Pan de Viena. Caricatura lírica con música de D. Rafael Calleja. (Teatro de la Zarzuela.)

El statu quo. Inocentada lírica en colaboración con el maestro Calleja. (Teatro Cómico.)

El gran demócrata. Zarzuela en un acto con música de Ribas y Ruiz de Arana. (Teatro Cómico.)

El chic parisién. (3) Opereta en un acto con música de Englander. (Teatro de Apolo.)

El alma del león. (5) Fantasía lírica con música de Ernesto Ruiz de Arana. (Teatro de la Comedia de Buenos Aires.)

Cuento sinfónico. Monólogo en verso, adaptaciones musicales de Ernesto Ruiz de Arana. (Teatro Español.)

El día y la noche. (6) Vodevil en tres actos y en prosa.

El templo de Cupido. Comedia vodevilesca en tres actos, en prosa y original. (Teatro del Vodevil.)

Las mujeres de teatro. Comedia en tres actos, en prosa y original. (Teatro de la Zarzuela.)

La reina alegre. Humorada cómico-lírica en un acto, libro y música de Antonio Estremera. (Teatro de Novedades.)

Las medias caladas. (7) Humorada cómico-lírica en un acto con música de los maestros Alonso y Ribas (Teatro del Buen Retiro.)

Agua de Borrajas. (8) Juguete cómico en tres actos y en prosa. (Teatro Lara.)

La mujer soñada.

El despertar del león.

El ogrò. (7) Comedia lírica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, libro y música de Antonio Estremera. (Teatro de Novedades).

---

(1) En colaboración con Emilio Sáenz.
(2) Idem con Miguel Chapi.
(3) Idem con Luis Candela.
(4) Idem con Antonio Candela
(5) Idem con Eduardo Montesinos.
(6) Idem con Luis de Olive.
(7) Idem con José Sabau.
(8) Idem con Luis Linares Becerra.

Precio: UNA peseta